



# EL CONGRESO EUCARÍSTICO DE CALI

No desdicen los renuevos americanos, en su religiosidad entrañable, del viejo y robusto tronco peninsular. No en vano los misioneros españoles hicieron conocer a Jesucristo de aztecas, chibchas, incas, araucanos y guaraníes; trescientos años después de la siembra evangélica, las flores de la piedad católica se abren en perdurable lozanía.

Ayer fué Lima, la ciudad de D. Francisco Pizarro, villa opulenta y regocijada, de limpia estirpe sevillana, en donde las vidas de Santa Rosa y del beato Martín de Porres pusieron la nota ultraterrena de su ascetismo incomparable.

Fué luego Santa María de Buenos Aires, la populosa metrópoli rioplatense, el más importante centro urbano de América del Sur, sede cardenalicia desde la inolvidable efemérides a que aludimos, la que invitó a las cristiandades de toda la tierra a enviar sus representantes para ofrecer a Jesucristo, presente bajo las especies sacramentales, adoración, agradecimientos y plegarias. El actual Pontífice, entonces cardenal Pacelli, como legado *a latere* de la Santidad de Pío XI, vino a presidir el glorioso certamen de fe y encendida piedad. Hoy ha correspondido a Colombia brindar el más hermoso y fecundo de sus valles para una cita triunfal, para una auténtica manifestación del espíritu, en los precisos momentos en que el mundo, atormentado por el materialismo marxista, advierte el peligro de una nueva catástrofe.

La floreciente ciudad de Cali, capital del departamento de El Valle y sede episcopal, invitó en nombre de Colombia a las cinco repúblicas hermanas, creación del genio de Bolívar, a festejar, en unidad de convicciones y esperanzas, el sacramento de la Carne y Sangre de Cristo. Del 27 al 31 de enero del año que corre, debía realizarse la piadosa solemnidad. Hubiera sido ilógico no invitar a España. ¿En qué lengua declaramos altivamente nuestra fe sino en la misma de San Juan de la Cruz y de la Doctora de Avila? Y España vino en uno de sus prelados, y nuestros hermanos acudieron gozosos a la llamada. El Padre Santo halló digno de encomio nuestro propósito, y envió a un ilustre miembro del Colegio cardenalicio, al Eminentísimo Señor Clemente Micara, con carácter de *Legado a latere*.

La Sultana del Valle, como suelen apellidar a Cali por su riqueza y la hermosura del paraje en donde levanta sus construcciones, con la resuelta cooperación de toda la república, había preparado prolijamente los pormenores del Congreso: alojamientos bien acondicionados para atender como debido era a los peregrinos, providencias de todo linaje por que nada faltase, y, en primer término, los objetos destinados al culto. La custodia, íntegramente cincelada en oro y enriquecida con más de 400 piedras preciosas, traía a la memoria las joyas sagradas que modelara Antonio Arfe, los ornamentos, casullas, capas pluviales, paños de altar, hacían pensar en las maravillas que guardan las sacristías de la imperial Toledo; en la carroza, de madera dorada, pusieron todo su empeño y su pericia nuestros mejores artistas; el templete, sobrio de líneas, gigantesco en sus proporciones, fué construido en un campo aledaño a la ciudad con miras a ser la cúpula de un templo futuro. Pero sobre lo meramente material, desde luego indispensable, hay algo más que considerar y admirar: el elemento humano, que por esos medios iba a manifestar sus convicciones y a exaltar sus ideales religiosos. Acompañaron al Cardenal Legado 54 prelados y 1.400 sacerdotes, asistieron numerosos religiosos y religiosas, y el golpe de peregrinos pasó de los cincuenta mil. El día blanco recibieron la primera comunión 25.000 niños, y en la noche del 30 de enero se acercaron a la mesa eucarística 130.000 hombres.

Cerrados los comercios, las gentes no parecían tener otra preocupación ni otros cuidados que los actos y ceremonias religiosas, las iglesias resultaron pequeñas para atender a los penitentes; en los bancos de los jardines, en los mismos andenes de las calles, los



El Excmo. Sr. Presidente de Colombia, Dr. Ospina Pérez, recibe el saludo del eminentísimo Sr. Clemente Micara, Cardenal Legado de S. S.

sacerdotes oían en confesión a cuantos de continuo lo solicitaban: era el vocear de la gracia, era el responder de las almas como los pastores al dichoso anuncio navideño.

¡El 30 de enero!, mañana espléndida de sol, cielo tropical intensamente azul... Guardias marinas en traje de gala, cadetes de la escuela militar, infantes y artilleros con sus generales y oficiales a la cabeza marchaban hacia el campo eucarístico, hubiérase dicho una escena de cruzados, cuando todas esas gentes de armas recibieron con profundo respeto el sacramento del altar.

Cuando se borró el último resplandor del crepúsculo y se encendieron las primeras estrellas, se comenzó a organizar la marcha de las antorchas hacia el campo eucarístico, en donde, a filo de noche, debían comulgar los hombres, el Jefe del Estado y sus colaboradores en el Gobierno, los primeros. La única expresión exacta para describir el desfile casi interminable, es llamarlo «río de fuego». El crepitar de las luminarias estaba acompañado por fervidos cantos religiosos, ininterrumpidas voces de júbilo, incansables peticiones, oraciones colectivas a voz en cuello. Ese flamear de las antorchas en la majestad de una noche de devoción, esa comunión de hombres, fervorosa y sincera, fué el desagravio a la bondad de Jesucristo, que en la noche de abril vió correr la sangre de sus sacerdotes, incendiar sus santuarios, violar los asilos de las vírgenes a El consagradas; fué la respuesta al dolor de un pueblo creyente que se sintió víctima de un asalto leve, cercano a la disolución y, que, por pura bondad divina, surge, al amparo del

tabernáculo, para reanudar su rumbo en el concierto de los pueblos cultos.

El domingo 31, después de la solemne misa pontifical que celebró en el templete el señor Cardenal Legado, la multitud congregada escuchó con religioso respeto la voz del Soberano Pontífice, corregimos la frase: no fué solamente la muchedumbre allí congregada, fué Colombia entera, fueron las seis naciones bolivarianas las que escucharon emocionadas la palabra del Vicario de Cristo, que desde los micrófonos de la Estación Vaticana, nos dió el consejo inspirado, la enseñanza salvadora e impartió a sus hijos de América su bendición paternal.

La procesión final fué una verdadera apoteosis: en medio de una multitud incontable de fieles, precedido por un largo desfile de estandartes en carroza triunfal bajo el palio de admirable riqueza, a sus pies en adoración el Cardenal Legado y cuatro ilustres prelados, avanzaba Cristo, Rey y Señor nuestro, sacramentado. Cerraba el cortejo nuestro católico mandatario Mariano Ospina Pérez, sus ministros y unas cuantas divisiones armadas. El solemne desfile llegó delante del templete avanzada la noche. Habló entonces el capellán general de nuestras tropas... y, aludiendo a las naves aéreas que durante el desfile volaron en forma de cruz, recordó la promesa hecha a Constantino: IN HOC SIGNO VINCES «Con esta señal vencerás». Categoría de consigna universal tiene el crismón que el vencedor del puente Milvio hiciera bordar en sus lábaros y pendones, ahora que se avicina la lucha postrera del mundo. Con esa señal venceremos.

En medio de una emoción indescriptible, ya el Sacramento bajo el templete, el Presidente de la república habló a su pueblo, y, de rodillas, renovó la consagración de la nación colombiana al Sagrado Corazón de Jesucristo. El Prelado Auxiliar de Bogotá leyó la allocución del Primado y el Cardenal Legado, en un discurso de admirable unción, declaró clausurado el Congreso.

La dávida sobrenatural que el lenguaje cristiano llama *gracia* se da a las colectividades lo mismo que a las personas, no sólo a cada alma en particular, sino a las naciones; y el Congreso Eucarístico de Cali fué la hora de la gracia para seis naciones americanas.